

## JOAQUIN ALBARRAN Y EL MEDIO AMBIENTE DE SU EPOCA.

Por el Dr. Juan Govea.

HACE once años consagramos nuestra tesis de Doctorado de la Universidad de París, al estudio de la vida y sobre todo de la obra del que fué insigne compatriota, verdadera gloria de la medicina francesa y gloria igualmente de Cuba, ya que en nuestra patria nació y vivió hasta su adolescencia.

Algunos años después tradujimos nuestro modesto trabajo y le dimos publicidad en la Revista Médica Cubana.

Hablamos de «modesto trabajo», y así lo es en efecto; no es sólo una frase hecha, es que en realidad reconocemos que el tema escogido merecía un trabajo más extenso y un comentador más capacitado, conocedor a fondo de la Urología, para que pudiera enjuiciar la magna obra de uno de los más distinguidos cirujanos que en el mundo han existido.

Antes que nosotros y después de nosotros distinguidos compañeros médicos y algunos periodistas se han ocupado en diferentes ocasiones de comentar la brillante e interesante existencia de este hijo de Sagua la Grande. Pues, a pesar de esto, no nos queda otro remedio que afirmar que Joaquín Albarrán, quizás debido a su prematura desaparición, no es suficientemente conocido de la juventud actual, y los que de él tienen un conocimiento exacto, en cuanto a su obra científica, ignoran mucho de su vida.

Sólo así se explica que como oímos hace días, se tenga la siguiente opinión de los extraordinarios éxitos de Albarrán. Hay quien se admira, en efecto, de las facilidades que le fueron dadas en un país extranjero, donde fué mimado a tal extremo por el París de antes de la primera guerra mundial, que su calidad de extranjero, lejos de perjudicarlo, le hacía simpático al medio, favoreciéndole tal circunstancia en los diferentes concursos en que triunfó.

Nada más injusto y más absurdo.

La hospitalidad del París de entonces no llegaba a tanto...

No tenemos otra razón para volver a comentar la vida de Albarrán que la de tratar primeramente de divulgar un poco más la extraordinaria figura de este hombre de ciencia nacido entre nosotros, y en segundo lugar dejar expuesto algo que en otras ocasiones y por razones fáciles de comprender se nos quedó en el tintero.

Esto que habíamos omitido antes, no es otra cosa que Albarrán también fué víctima de la pasión de los mediocres, de la envidia de estos espíritus mezquinos que siempre y en todas partes han existido.

Quisiéramos tener más fresca en nuestra mente todo lo que el doctor de la Calle, hoy fallecido, y que fué contemporáneo de Albarrán, nos contó en el feliz París de hace doce años.

En primer lugar a Joaquín Albarrán no se le abrieron las puertas gentil y simpáticamente como algunos equivocadamente creen.

Albarrán, hombre de inteligencia tan grande como su corazón, forzó las puertas del triunfo con su genio y voluntad invencibles.

Albarrán dominaba la bella lengua de Víctor Hugo, con la facilidad que le era peculiar para realizar cualquier empresa.

Si bien es cierto como han afirmado los que tuvieron la dicha de conocerlo, que conservó hasta su muerte un gran acento español.

A raíz de ser nombrado Albarrán, por unanimidad, profesor de Urología de la Universidad de París, comenzaron a obrar con manifiesta maledicencia los que, conocedores de su pobre y escaso valimiento, encuentran raro consuelo tratando de destruir con sórdidas calumnias el mérito de los que nunca podrán igualar, ya que sus raquíuticos cerebros se lo impedirán siempre.

La atmósfera creada en torno a Albarrán llegó a ser insoportable.

Entre otras muchas cosas, acusábasele de incapacidad, debido a su estado físico, para desempeñar la cátedra de profesor que tan brillantemente había obtenido, y que honró y elevó a límites insospechados durante los pocos años que la pudo profesar.

Era tal el enrarecimiento de la atmósfera por las venenosas emanaciones surgidas de las profundas heridas del alma de los que sufrían por la gloria de Albarrán, que sus amigos, discípulos y personas decentes que por suerte también existían y existen en todas partes, le ofrecieron a manera de desagravio un gran banquete homenaje.

En él hicieron uso de la palabra varios literatos, miembros de la Academia Francesa, y nuestro compatriota Albarrán cerró el acto con el más elocuente, brillante y grandioso discurso de esa noche; pero en medio de sus más bellas y perfectas frases, dichas en lengua francesa, se notaba su grande y simpático acento español. Veamos a propósito de su acento lo que escribió Cathelin, uno de los más queridos discípulos de Albarrán: «A pesar de su acento extranjero no tenía Albarrán, como se ha repetido demasiado, una pronunciación desagradable, por el contrario, se dejaba uno seducir por el especial encanto de su incisiva palabra».

En 1883 Albarrán fué nombrado por oposición alumno externo de los hospitales de París, y cosa extraordinaria, (ya que lo establecido era dos años después), fué nombrado al año siguiente, por oposición igualmente, interno de los hospitales de París, obteniendo el número uno en la elección entre centenares de candidatos, encontrándose entre éstos nada menos que hombres como Widal, Delbet y Vaquez, sabios que alcanzaron extraordinaria reputación universal.

«Desde entonces la vida no es para Albarrán más que una serie de éxitos continuados, fué conquistando triunfos de etapa en etapa, ganando todos sus grados en alta lucha, sorprendiendo a todos sus tribunales por la seguridad de sus juicios y la lucidez de sus conceptos» (Legueu).

En efecto, en 1884 obtiene Albarrán el premio de los hospitales de París (Premio Godard).

En 1884 igualmente gana la medalla de oro de los hospitales. En el mismo año es nombrado miembro de la Sociedad Anatómica de París. Un año después obtiene el premio de tesis, medalla de plata de la Facultad de Medicina. En 1890 es nombrado jefe de clínica de Enfermedades de las Vías Urinarias. Dos años más tarde es ya profesor agregado de la Facultad de Medicina de París y al siguiente año es laureado de la Academia de Ciencias.

En 1894 es cirujano jefe de los hospitales de París. Tres años después vuelve a ser laureado por la Academia de Medicina (Premio Tremblay). En el mismo año obtiene el premio Barbier de la Facultad de Medicina. Al año siguiente ostenta el título de vicepresidente de la Sociedad Francesa de Urología y en el próximo año es miembro de la Sociedad Francesa de Cirugía. En 1903 vuelve a ser laureado del Instituto (Premio Godard).

Al siguiente año es laureado de nuevo de la Academia de Medicina (Premio Tremblay), y al fin, en 1906, fué nombrado profesor titular de Clínica Urológica.

Albarrán murió a la edad de 52 años y los tres últimos de su vida no fueron más que una lenta y triste agonía sufrida lejos de París, la ciudad de sus éxitos.

Es decir, que científicamente hablando, desapareció a la edad de 49 años.

Ahora bien, en una tan corta existencia, ningún cirujano ha producido tantos trabajos admirables, tantas investigaciones importantes y tan útiles descubrimientos.

«Para aquellos, como ha dicho Ponce, a quienes la gloria ajena irrita hasta el delirio, el individuo y la obra se confunden en el mismo odio, enneguecido como si amontonando barreras en su marcha, creyera contrarrestar la gravitación ineludible del hombre superior».

Albarrán, hombre superior, encontró a su paso enormes barreras puestas por los que... (por qué no citar a menudo frases admirables, que si somos incapaces de

escribir, sabemos sentir las en lo más profundo de nuestra alma?...), encontró barreras, repetimos, puestas por los que, como ha dicho Ingenieros, «sienten el rubor de sus mejillas, sonoramente abofeteadas por la gloria ajena».

Albarrán, hombre de un valor y una voluntad sólo comparables a su maravillosa inteligencia, rompió estrepitosamente todas las barreras puestas a su paso...

No queremos dejar de reproducir estas líneas que sobre su querido maestro escribió Cathelin: «Albarrán fué, sobre to-

do, un hombre de corazón no comprendido de muchos, en una cierta época de su vida; desdeñaba el dinero, probablemente porque lo ganaba con suma facilidad, lo que le permitía hacer discretamente a su alrededor muchos favores»...

Precisamente fué sin duda ésta una de las causas principales que motivaron que su gran personalidad no fuera comprendida por muchos...

Desgraciadamente siempre han abundado los que, víctimas de esa baja pasión «estigma psicológico de una humillante inferioridad sentida», no pueden perdonar al ser superior a ellos, que los protege sin conocer su valor moral o conociéndolo con la estéril esperanza de contribuir a mejorarles el alma...

Y para terminar este trabajo, cuyo único mérito, si alguno tiene, es el de haber recordado la figura insigne del glorioso cirujano que fué Albarrán y haber señalado su lucha con la plaga de envidiosos que ayer como hoy infectan el ambiente, queremos reproducir, a manera de compensación, la bella carta que, escrita por el querido maestro de Albarrán, Félix Guyon, fué leída en su tumba en enero de 1912. Como comprobará el lector, esta carta conmueve por su sencillez y su naturalidad, revelando el sincero y profundo dolor del viejo maestro por el genial y devoto discípulo prematuramente arrebatado a la vida. He la aquí:

«Mi querido Albarrán:

Tú eres de los que están destinados a vivir después de muertos; la obra que tú has realizado durante tu corta existencia, preservará tu nombre del olvido.

Tal parece que has tenido el presentimiento de la brevedad de tus días, y que hayas querido compensar su pequeño número por la ardiente y brillante labor de tu existencia.

Después de adquirir en el curso de tus estudios un saber muy excepcional, tú has extendido sobre los puntos más importantes de la Cirugía Urológica las indispensables luces que todavía le faltaban.

Tus fecundas investigaciones y tus muy importantes obras te han hecho obtener ese gran resultado. Esta bella y extraordinaria evolución se realizó en el Hospital Necker. En él, como interno, como medalla de oro, como jefe de clínica, como profesor agregado y como titular de la cátedra que yo he ocupado, tú has pasado veinte años de tu corta vida. Yo allí viví cerca de cuarenta.

Allí te he visto crecer y es así que se formaron y se estrecharon cada día más los lazos que nos unían y que tu desaparición no podrá desatar.

Yo realizo en este momento un deber que no debía pertenecerme. No es a mí que debía imponérsele la misión tan dolorosa y tan cruel de decirte el último adiós.

Eras tú quien hubieras debido darme ese testimonio supremo de tu fiel devoción.

El dolor que yo siento en estos momentos viene a unirse a las grandes desolaciones que he sufrido en los últimos años de mi existencia».

Se ha dicho que no hay hombres indispensables. Es un error, ha escrito Cathelin.

«Pues todos los grandes sabios que han enriquecido nuestro patrimonio científico y moral, han sido indispensables, en el sentido de que si ellos no hubieran existido, la ciencia no ocuparía el plano que hoy ocupa».

Ahora bien, Joaquín Albarrán ha sido uno de esos hombres indispensables...

MONIO MENTAL EL HISTORIADOR A HABANA